

## REFERENCIAS SOBRE LA POLITICA LIBANESA

El Líbano (el Gran Líbano de los tratados que lo hicieron nacer, si bien muy pequeño en el mapa) es un país bastante extraordinario. País árabe—siendo los mismos libaneses cristianos los que han estado a la cabeza del movimiento de restauración de la lengua y cultura árabes—instalado en pleno Medio Oriente, muy auténticamente oriental, pues, y por más de un motivo, pero conservando siempre su individualidad propia entre los países «hermanos», no separándose de ellos, pero fiel a su propio destino y recordando que fué históricamente la cabeza de puente de Occidente, a veces militarmente, con más frecuencia políticamente y más aún culturalmente, sin, no obstante, tener nunca el carácter de un país occidental.

Sí; verdaderamente, país bastante extraño y cuya vida representa un fenómeno político quizá único en el mundo. Quisiéramos reflexionar sobre ello a sabiendas de tener por caducas las leyendas o los mitos que con frecuencia y peligrosamente han nimbado su historia.

Y, primeramente, establezcamos las proporciones, la escala. Pequeño país: es decir, 200 Km. de longitud por 60 a 75 de anchura, un poco más, en total, de 10.000 Km.<sup>2</sup> En Francia esto representaría un poco menos de dos departamentos, cierto que con una fortísima población para este país montañoso en que un tercio apenas de la superficie es utilizable para la agricultura. En total, alrededor de 1.600.000 habitantes, según parece<sup>1</sup>.

Pero la importancia de un país no se mide por su superficie o por el número de sus habitantes; en particular, en lo que respecta al Líbano, tanto su significación como su importancia verdadera sobrepasan singularmente sus dimensiones. De la misma manera, en otro plano, la función de su

---

<sup>1</sup> El Líbano tiene horror a las estadísticas, al menos de algunas, a causa de la utilización que se podría hacer de ellas para romper difíciles equilibrios. El censo de 1953 designó 1.416.570 habitantes, cifra que comprende los libaneses emigrados de 1934 y 350.000 opciones de nacionalidad desde la misma fecha.

capital, Beirut, rebasa singularmente su papel propio en el país: es una verdadera metrópoli, como lo demuestra, bastante mal por otra parte, no sólo su implantación (reciente), más amplia de lo necesario para un pequeño país, sino también su población en rápido crecimiento (700.000 habitantes, aproximadamente).

¿A qué es debido ese lugar de preferencia no sólo de la ciudad, sino también del país, en el seno del mundo mediterráneo?

Primeramente a su posición. Recordemos la importancia de las antiguas Escalas de Levante; el Líbano representa estas Escalas, pero no todas, puesto que la costa palestina (Haifa) y la siria (Lataquié) participan o han participado de esta misma función, ligada evidentemente a la posición de fachada marítima y mediterránea en relación con el continente asiático. Pero el Líbano es más que eso, y los que casi infaliblemente hacen elucubraciones sobre el influjo de los Fenicios y la continuidad de la historia se dejan llevar por un academicismo sin fundamento. No, el Líbano moderno es otra cosa, ha nacido esencialmente de la proximidad de la estrecha franja costera y de la montaña, de la cual la separan, sin embargo, ásperas colinas calcáreas con duras y rocosas pendientes o mesetas, tanto más ingratas cuanto que ellas carecen de altitud y de suelo.

Esta situación existía ya, por supuesto, en la antigüedad, pero la montaña era entonces sobre todo una reserva, y muy preciada, de materia prima de las flotas de todo Oriente: la madera. Ahora la montaña, en donde los cedros han desaparecido (salvo algunos religiosamente protegidos como monumentos históricos) desempeña el papel de reserva de hombres y de los hombres precisamente que han construido el Líbano, pues no han sido los de las ciudades ni los de la costa los que lo han hecho. ¿Refugio?, quizá, pero no tanto reducto de defensa (los pueblos no están fortificados y los refugios, los escondrijos que guarda la montaña no han podido servir sino a grupos reducidos, monjes, por ejemplo, con los patriarcas), como lugar poco accesible tanto a los beduinos del interior como a los amos de la costa, y, sobre todo, lugar donde ha podido desarrollarse cerca de las fuentes una civilización rural que se basta a sí misma, produciendo cereales y también, mediante la construcción de prodigiosas escaleras de terrazas, uvas y frutos de toda especie en todas las altitudes; y, consiguientemente, por su variedad, por la intensidad de su ocupación, tierra de fuerte densidad de población que contrasta fuertemente con las regiones casi vacías que la limitan hacia el interior, lo cual es muy mediterráneo.

El Líbano moderno, llamado Gran Líbano, ha nacido de la unión de las pequeñas comunidades costeras del Monte Líbano propiamente dicho, donde estaban las ciudades, ya autónomo y administrado desde 1864 por un rey-zuelo cristiano (pero no libanés), y de la llanura interior, la Bekaa, sobre la cual la montaña se anuncia mediante una línea continua de pueblos y de burgos. Este acoplamiento no se hizo espontáneamente, fué decidido por acuerdos internacionales (acuerdos de San Remo de 1920) y su carácter artificial fué motivo para dudar de la solidaridad del nuevo Estado. Pero las previsiones pesimistas no se han realizado y la síntesis, normal entre regiones muy complementarias aunque contrarias por la heterogeneidad y la vieja hostilidad recíproca de las comunidades, se ha inscrito en la vida corriente, sobre todo gracias al papel dirigente, económico y cultural, asumido por Beirut y también, es preciso decirlo, gracias al fuerte forcejeo de las poblaciones urbanas, consecutivo al éxodo rural.

De este difícil paso entre una tendencia, por razones étnicas, al aislamiento de las ciudades con relación al interior y la evolución moderna que valora las funciones urbanas de dirección económica y cultural y ha provocado el aumento de trabajo en las poblaciones, existen otros ejemplos en las riberas de este extraño Mediterráneo. Guardando las proporciones y con un contexto histórico y étnico diferente, es el caso de Argel y de su interior cabilia y árabe. Pero en el Líbano hay más, pues el Líbano ha nacido también gracias a la proyección de los antiguos fundadores de Cartago, hombres de ciudades, de Escalas, pero anteriormente hombres de la montaña, cristianos y drusos del Monte Líbano.

Hemos de precisar bien las cosas. Este país ha segregado un tipo de emigrantes que no se encuentra en todas partes, sobre todo en este Mediterráneo, del que se ha emigrado tanto y se emigra aún (cercanos a nosotros las cabillas, los corsos o los sicilianos). Emigración no de acarreadores (los griegos lo han sido con su flota), tampoco, o muy poco, de obreros, sino de comerciantes y anteriormente de traficantes que se establecieron e hicieron fortuna frecuentemente; emigración de gente inteligente, hábil y también de gente instruída; la precocidad del movimiento de escolarización<sup>2</sup>, único en-

<sup>2</sup> Cf. la tesis de V. Khonzami: «L'Enseignement au Liban» (Instituto de Estudios Islámicos de la Universidad de París). Aprovechando todo al máximo, los libaneses han sabido beneficiarse del interés que les prestaban numerosas congregaciones educadoras, protestantes y católicas, sobre todo estas últimas, imitadas en seguida por iniciativas puramente libanesas, apoyadas o no por el extranjero (por ejemplo, por la

tre los países del Medio Oriente, explica el éxito de muchos emigrantes, bogaderos y restauradores en Kuwait o en Abidjan, pero también emprendedores de grandes trabajos en Siria o en Iraq, banqueros en Nueva York o en Montreal, industriales en Sao Paulo. Otro hecho muy importante es la fidelidad de la mayoría de estos emigrados hacia el pequeño país de origen y esto, no solamente en el plano sentimental por no sé qué romanticismo nostálgico; se trata de un hecho humano, económico y cultural de muchísimo interés. La tierra natal es considerada por los libaneses como «santuario», es decir, que no se pierde el vínculo con ella, incluso si el emigrante, por las circunstancias o por su interés, debe cambiar de nacionalidad o si parte sin esperanza de retorno; permanece, pues, como un lugar de atracción que los emigrantes enriquecen con sus donativos, con esas misteriosas «entregas» que escapan prácticamente a toda investigación estadística y que hacen que, a pesar de un déficit constante y creciente del comercio exterior, la balanza de pagos sea siempre fuertemente excedentaria.

Así se explica, en gran parte, el aspecto rico de muchos pueblos que contrastan tan fuertemente con tantos otros del Medio Oriente, aspecto que no está en relación con el estado de la producción agrícola; el suelo libanés, en efecto, se presta mal a la producción intensiva moderna, con excepción de la llanura interior, donde no es demasiado seca, y de la llanura costera, en los lugares donde está irrigada<sup>3</sup>. La misma agricultura no es beneficiaria, sino de una manera moderada, de las inversiones provenientes del extranjero (y de la ciudad), aunque tengan origen frecuentemente en iniciativas de apariencia suntuosa, como la creación de las terrazas irrigadas a gran altitud para el cultivo de los manzanos o la plantación de parras sobre so-

---

Rusia zarista y por los griegos ortodoxos). Efecto benéfico de una competencia entre religiones y, dentro del cristianismo, entre comunidades, que explica también el desigual reparto de las escuelas y, por ello, ciertamente en parte las desigualdades de desarrollo entre distintas regiones del Líbano.

<sup>3</sup> Si la agricultura cuenta poco en el cálculo de la renta nacional, emplea, por el contrario, el 40 por 100 de la mano de obra total; es el signo evidente de un, cierto arcaísmo en la vida económica y en la agricultura tradicional, que cuenta mucho más que la industria, por ejemplo; mas es necesario tener en cuenta también la importancia de la arboricultura, con mucha mano de obra. La arboricultura constituye el 40,7 por 100 del total de la producción agrícola en valor, frente al 17,8 por 100 solamente de los productos animales y el 8,2 por 100 de los cereales (proporciones citadas por la F. A. O., Med. Dev. Proj. Libanon Country Report. Roma, 1959).

portes de cemento armado, siendo todas las especulaciones recompensadas, ciertamente, por el alto precio de los productos frutales en el Medio Oriente.

Por el contrario, Beirut ha aprovechado grandemente la afluencia de capitales extranjeros que hacen de ella una ciudad bastante extraordinaria; pero todos no son libaneses ni debidos a la emigración, y es aquí donde toma todo su valor la posición geográfica de Beirut, la cual no se explica sin acarrear consecuencias en el plano de la política económica y de la política en general.

Beirut, puerta horadada en la mitad del frente de mar del Medio Oriente, sobre todo gracias a los trabajos ejecutados bajo el Mandato por la Sociedad financiera e inmobiliaria del Puerto de Beirut, gracias también al eje de la carretera Beirut-Damasco, que se abre por Siria, Jordania y, en parte, por Iraq y Arabia. No es que este eje sea siempre cómodo (el ferrocarril que sigue aproximadamente el mismo camino lo es todavía menos, siendo inaccesible a los convoyes pesados), pero funciona con pleno rendimiento. Por último, ha sido creado en Beirut un puerto franco, donde los tonelajes en tránsito han alcanzado cifras muy importantes<sup>4</sup>.

Se ha afirmado de tal manera la vocación comercial de Beirut que sobrepasa con mucho el nivel de los cambios del resto del Líbano; entre estos cambios uno de los primeros es el comercio de dinero, que es libre. Beirut ha llegado a ser de esta manera un mercado de divisas muy importante; al mismo tiempo sus bancos reciben capitales, procedentes sobre todo de los países árabes del Medio Oriente, que encuentran un refugio bastante seguro hasta el presente. Algunos se invierten, haciéndolo con preferencia en la construcción inmobiliaria que en los sectores más productivos; de aquí la especulación en los terrenos, particularmente escandalosa, y la fiebre de la construcción que ha erigido en algunos barrios, por ejemplo en Ras Beirut, en frente del mar, conjuntos de inmuebles con destino comercial.

<sup>4</sup> El tonelaje de las mercancías desembarcadas o embarcadas en el puerto de Beirut no ha dejado de aumentar en la última década, hasta llegar al culmen de 2 018.174 toneladas en 1957. Los acontecimientos de 1958 y la disminución de la llegada de los fósforos jordanos no permitieron alcanzar de nuevo una cifra tan importante. El tonelaje total de las mercancías en 1960 fué de 1.723.059 Tm., de ellas 339.000 Tm. en tránsito. En este tonelaje cuentan sobre todo, en las importaciones los carburantes, el trigo y la harina, los hierros, maderas y materiales de construcción; y en las exportaciones los fosforos (35 por 100) de Jordania y los frutos y legumbres.

o residencial que no carecen de porte y evocan (aunque a escala muy reducida) las construcciones de algún Brooklyn mediterráneo.

Se adivina fácilmente cuáles son los imperativos de política económica que acompañan a tal situación.

Ante todo, en un mundo que permanece en conjunto sólidamente cerrado, es la adhesión a un estricto liberalismo. El Líbano es uno de esos emporios como subsisten pocos en el mundo; unido al Medio Oriente más que incorporado a sus estructuras y sirviéndole de puerto franco, de plaza de comercio, un poco a la manera de Hong-Kong unido a China. Y amenazado consiguientemente cada vez que se torna más difícil el ejercicio normal de la libertad comercial; con inquietud el Líbano vió el cierre de las fronteras israelíes y tuvo que consentir, en 1950, en la ruptura de la unión aduanera con Siria.

Por otra parte, ese mismo liberalismo supone que los objetivos comerciales priman normalmente sobre toda tentativa de industrialización. Hay mucha industria en el Líbano: textil en Trípoli, alimenticias en Beirut, cementos en Chekka y, por último, refinerías de petróleo de la I. P. C. en Trípoli y de la Arabian American Oil Company en Saida. Existe también un artesanado, a veces promovido a escala industrial, la curtidería.

Hay, en fin, o habrá, energía en abundancia cuando sea ejecutado el proyecto del Litani, susceptible de abastecer 590 millones de Kw./h. por año medio. Pero no se puede decir que la atmósfera sea favorable a la expansión de estas industrias, que tienen poca importancia en el cálculo de la renta nacional<sup>5</sup>.

Para que se desarrolle una industria pujante sería preciso, aunque fuese muy prudente, instaurar una protección que amenazaría con echar abajo todo el edificio liberal, y reducir el volumen de los cambios, sobre los cuales reposa en definitiva el equilibrio económico del país. Esta apertura necesaria hacia el exterior es también lo que obliga a la República libanesa a observar una relativa neutralidad política, digamos que le obliga a no exaltarse junto a Estados próximos, Estados árabes como él, Estados hermanos, como se dice; es decir, que está obligada por interés comercial a admitir en algunos puntos precisos un conformismo al menos sentimental, lo que no le

---

<sup>5</sup> Según el estudio de la F.A.O. (F.A.O. Mediterranean Development Project: Libanon Country Report. Roma, 1959), que cita las cifras de 1957, el sector servicios-comercio constituía él solo la mitad de la renta nacional, la agricultura el 18 por 100 y la industria el 13 por 100.

impide sentir muy vivamente la necesidad de conservar vivas y amistosas las relaciones con los Estados con los que los libaneses tienen intereses culturales y económicos, Francia o Estados Unidos, por ejemplo.

Es a otra prudencia a lo que se refiere la actitud de la República libanesa en materia de política interior, inseparable, en lo restante, de algunos aspectos de su política exterior; y aquí es necesario referirse a la estructura sociológica, es decir, a su contextura humana, tal como lo han hecho la Historia... y los tratados al determinar las fronteras del Gran Líbano. El país engloba en parte una de esas áreas territoriales bastante sorprendentes donde grupos de poblaciones, a veces pequeños en efectivos, y no siempre espacialmente agrupados, han resistido a las fuerzas de asimilación que se han ejercido sobre ellas. En este país esta resistencia histórica no tiene los aspectos lingüísticos que ha tomado en otros lugares (en el Mogreb, por ejemplo, con la subsistencia de fortísimos núcleos de habla berebere); por el contrario, el Líbano es de lengua árabe en su totalidad y ocupa incluso un lugar de preferencia en la expansión de la lengua árabe al estar relegado el siríaco al estado de modesta reliquia, con uso sobre todo litúrgico. Sin embargo, el particularismo de los grupos humanos se ha cristalizado alrededor de formas, de prácticas y de concepciones religiosas.

En el Oriente árabe-musulmán, el Líbano no es islámico ortodoxo (sunita) sino en una parte de su población urbana (Trípoli sobre todo, poco modificado por la inmigración de origen rural) y en la población de algunos pueblos, a veces tan aislados como puedan estarlo los pueblos musulmanes de Yugoslavia o de Bulgaria; es decir, un 20 por 100 de la población total<sup>6</sup>.

Pero el verdadero Líbano, el Monte Líbano, no el de las pequeñas poblaciones turcas de antes de 1918, sino el del reino autónomo, es esencialmente cristiano y druso, viviendo las dos poblaciones de manera bastante parecida y en una simbiosis pacífica total, cuando algunas grandes potencias no vienen a interponer sus políticas... interesadas.

Los cristianos, es decir, aquí sobre todo, los maronitas, constituyen el 29 por 100 de la población total, de la cual ciertamente una parte vive

---

<sup>6</sup> Todas estas cifras y proporciones, citadas según E. de Vaumas en «Répartition confessionnelle au Liban», *Revue de Géographie Alpine*, XLIII (1955), págs. 511-609, son relativamente antiguas, pues la última designación es de 1932. Después no existen más que censos administrativos, de los cuales el último data de 1953. Las cifras citadas por Vaumas datan de 1950 y no distinguen entre emigrados y residentes.

ahora en Beirut (hecho que data apenas medio siglo); y los drusos, que tienen también importantes colonias en el flanco sudoeste del Hermon, constituyen solamente el 6 por 100 de la población total. A lo que se añaden otros cristianos, menos numerosos, pero muy activos por sus élites, por la cultura que representan y por las aptitudes económicas que manifiestan: cuáles son los griegos ortodoxos o los malaquitas, estos últimos obedientes a la sede apostólica romana, y que constituyen, respectivamente, el 10 y el 6 por 100 en total. Es preciso tener en cuenta también unos 80.000 armenios, resultantes de la inmigración de refugiados en el Líbano, como resultado de las matanzas que se llevaron a cabo para provocar su aniquilamiento y que acarrearón su dispersión al salir de la Armenia histórica y de las ciudades turcas donde prosperaban. Muchas otras pequeñas iglesias o sectas autónomas son estadísticamente despreciables. Por último, los chiítas, disidentes musulmanes, más dispuestos a vivir en paz con los cristianos que con los sunnitas, que pueblan una buena parte de la Galilea libanesa, mientras que sus tribus, bastante primitivas, ocupan la Bekaa del norte y la vertiente nordeste del Monte Líbano, constituyen el 18 por 100 de la población total.

Las tensiones históricas y, aún ahora, los modos y los niveles de vida diferentes, la sensibilidad a veces divergente y la toma política y administrativa difícil que implica este caleidoscopio se adivina sin esfuerzo..., aunque no es preciso exagerar estas dificultades; la atmósfera es distinta, completamente distinta a una atmósfera de cruzada o de guerra santa; se trata más bien de equilibrio, de maniobras preparadas y, a veces, de temor de que se pongan en marcha fuerzas actualmente retenidas bastante correctamente. Sin embargo, grandes son las consecuencias políticas y también económicas en la medida en que, en el seno de un Estado moderno y en grandísima parte, lo económico depende también de lo político.

Como puede esperarse, las principales desavenencias provienen de los montañeses y de los cristianos, de una parte, y de los musulmanes y de las ciudades de la costa, de otra. Los unos han buscado su seguridad y sus ventajas en las buenas relaciones con los países cristianos, sobre todo occidentales; ventajas culturales, gracias a un equipo escolar parcialmente importado; ventajas materiales, por las relaciones comerciales, por ejemplo, la extensión de la sericultura en el siglo XIX en contacto con los sederos lioneses. Es cierto que, incluso entre cristianos, estas relaciones no eran del mismo sentido, dependiendo de las comunidades interesadas, lo que introdu-



cía un grave peligro teniendo en cuenta las divisiones de Europa; los maronitas, por ejemplo, miraban con preferencia hacia Francia, los ortodoxos hacia Rusia (antes de la Revolución) y, finalmente, los montañeses no cristianos, pero que tenían el mismo género de vida y las mismas necesidades, y los drusos miraban hacia Inglaterra. Los demás, y sobre todo los sunnitas, fueron sensibles naturalmente a todas las corrientes del mundo árabe; tardíamente liberados de la pesada sujeción en que les tenía un país musulmán, pero no árabe, la Potencia otomana, ¿cómo no habían de mirar hacia Siria, Iraq, Arabia y sobre todo Egipto? Todo esto, siendo verdad en su conjunto, necesita sin embargo los siguientes retoques: la influencia rusa, muy sensible entre los griegos ortodoxos, cesó de serlo a pesar de los esfuerzos recientes del Gobierno soviético recibiendo a personalidades religiosas para renovar la tradición de las escuelas rusas. Por reacción, Francia, a pesar de una cierta tendencia monopolizadora de los maronitas, dejó de tener en éstos sus únicos corresponsales e intérpretes en la política libanesa. Finalmente, la lanza árabe representada por Egipto y, anteriormente, por la R. A. U., que comprendía Siria es, algunas veces, lo suficientemente hiriente como para poner en peligro la vida del Estado; este es uno de los aspectos de los dolorosos acontecimientos de 1958 que provocaron un estallido en la República libanesa. El problema para el Líbano está, pues, en no alejarse de los países árabes, puesto que también lo es el Líbano y está rodeado de países que también lo son (volvemos a encontrarnos aquí en el plano de los intereses comerciales inmediatos, tal como han sido evocados más arriba); el Líbano, pues, formará parte de la Liga árabe, se alineará junto a los países árabes en su política referente a Israel y ejecutará por su parte las consignas del bloqueo. Estará obligado a votar contra Francia cuando el asunto argelino fué evocado ante las instancias internacionales. Pero, por otra parte, en el bloqueo árabe el Líbano es siempre el más moderado, es el que intenta reducir a proporciones más realistas todas las tentativas de unión orgánica de los países árabes y, sobre todo, no pierde nunca contacto con sus amigos occidentales. Si actuase de otra forma, en un sentido o en otro, su frágil equilibrio interior estallaría y una sangrienta anarquía sucedería muy pronto al equilibrio actual.

La misma preocupación se hace presente en la política interior y en la marcha del Estado. Una prudente dosis de partidos, que reproducen poco más o menos el reparto de los escaños en el Parlamento, permite, bien o

mal, a cada comunidad tener su parte de influencia y no sentirse desplazada o víctima de maniobras<sup>7</sup>.

Desde 1864, y en el cuadro del Monte Líbano autónomo, las comunidades están representadas como tales en el seno del Consejo administrativo, que asiste al reyezuelo cristiano y el reparto de puestos en la administración es institucional. El problema se torna evidentemente mucho más agudo cuando, en el seno del Gran Líbano, un tercero y cuarto protagonistas, sunnita y chiíta, se introducen en el mano a mano druso-maronita; el problema se planteó en el curso de los trabajos preparatorios de la Constitución de 1926, habiendo emitido los consejeros, por lo demás «con desagrado», el voto de un reparto de los escaños del Parlamento entre las diferentes comunidades según sus efectivos, reparto producido cada vez que la Constitución es aplicada normalmente.

El sistema de las comunidades se extiende incluso en relación a lo que era en el siglo precedente, por el hecho del reconocimiento de los chiítas como comunidad autónoma (1926), lo cual no era bajo la dominación otomana. En conjunto, el poder mandatario ha sido favorable a la consolidación jurídica del sistema, siendo en esta tendencia donde se apuntan los esfuerzos de un de Martel, representante de Francia en el Líbano en 1936.

En contrapartida, el «desagrado» experimentado por los constituyentes de 1926 ha tenido frecuentemente ocasión de manifestarse en esfuerzos para sacar al Líbano de su estructura comunitaria. Es ésta, frecuentemente, la postura de los musulmanes, más inclinados que los demás a la unidad de los países árabes; mientras que los cristianos y sobre todo los maronitas luchan por el mantenimiento de su individualidad histórica y temen verla perder en el marco de una unidad que podría conducir, más tarde o más temprano, a la preponderancia del elemento musulmán. La crítica del régimen de las comunidades fué uno de los temas del musulmán Riadh Solh, promovido a Presidente del Consejo en 1943. Ahora, muchos jóvenes aspiran salir de una división político-religiosa que estiman caduca. Pero ello represen-

---

<sup>7</sup> Nos remitimos con gran interés al pequeño libro de P. Rondot, *Les institutions politiques au Liban: des communautés traditionnelles à l'Etat moderne*. París (Instituto del Oriente Contemporáneo), 1947, 148 págs., completándole por (del mismo autor): «Nouveaux problèmes de l'Etat Libanais», en *Revue Française de Sciences Politiques*, IV-2 (1954) y *Destin du Proche Orient*, París, ed. du Centurion, 1959, 270 páginas.

taría una gran revolución en la cual muy pocos, por falta de confianza recíproca, aceptan correr el riesgo. Y uno se puede preguntar finalmente, ante la imposibilidad de precisar más allá de un cierto límite el régimen de las comunidades y la imposibilidad aparente de sobrepasarlo, si no se está en presencia de uno de esos equilibrios irracionales que revelan más de instinto de conservación de grupos que de exactitud jurídica, administrativa o constitucional.

En la hora actual la proporcionalidad de los escaños de diputados y la dosificación de los puestos, con la distribución de todas las ventajas que pueden obtenerse gracias a la porción de poderes así detentada, permanecen enteramente en regla y modelan las costumbres políticas. Por otra parte, una distribución semejante podría ser incluso tachada con un relativo descrédito en nombre de un cierto puritanismo político, al menos de fachada. ¡Cuán extraños a la mentalidad libanesa son estos escrúpulos y este pudor, así como toda idea de que la compra de medios o la corrupción electoral pueden ser moralmente condenables!; puede uno preguntarse en este caso si la principal función del Estado, y de cada funcionario en particular, no es precisamente esta función distributiva que, después de todo, potentemente anclada en las mentalidades como lo está, puede ser un mal menor y, por decir así, un instrumento de paz<sup>8</sup>.

Naturalmente, está el reverso de la medalla. Aún así nos podemos asustar un poco ante el eclipse del poder público que representa tal manera de actuar y ante el prodigioso desarrollo del individualismo interesado que comporta. Vieja tradición, ciertamente, que admite difícilmente una limitación cualquiera del provecho individual, y que fué siempre singularmente indulgente para las realizaciones especulativas. Podemos preguntarnos, no obstante, si este estadio ha sido sobrepasado, si este desparramamiento asombroso del patrimonio público (que permite por lo demás en un segundo tiempo su concentración en mano de los más astutos) es aun admisible en el momento en que tareas nuevas parecen presentarse, que exigen una tensión mayor, una utilización más económica y más justa de medios que

---

<sup>8</sup> Es así como, desde 1934, el sistema de representación de las comunidades garantiza a los sunnitas la segunda magistratura del Estado, la Presidencia del Consejo, mientras que la Presidencia de la República se atribuye generalmente a un cristiano, más concretamente a un maronita. Podemos asombrarnos de que, en estas condiciones, no haya más tensiones y estallidos, signo, a pesar de todo, de una cierta solidez de las instituciones o simple reconocimiento del hecho de la necesidad vital del equilibrio bien o mal mantenido.

no serán siempre tan abundantes; se adivina, a través de la incapacidad en que se encuentra el Líbano para definir un Plan de desarrollo económico y social, que el Estado no tendría los medios sin duda, de autoridad sobre todo, para realizarlo.

Si aplicamos nuestra reflexión con espíritu prospectivo a la política libanesa nos vemos forzados a preguntarnos si sus referencias tradicionales, geográficas y humanas por importantes que sean todavía, no están tomando un valor distinto en vista de la actualidad. ¿Cómo no tener en cuenta estos datos inéditos?

La asombrosa prosperidad del Líbano debe muy poco a sus posibilidades económicas propias; ésta le viene desde hace un siglo y, además, de las facilidades que han podido tener tantos libaneses de la emigración de sacar provecho insertándose en diversos niveles de la economía de los países extranjeros. No hay duda alguna de que estas facilidades ya no se encuentran de la misma manera actualmente; el éxito del emigrante es más aleatorio que nunca y es el mismo tipo de hombre, el emigrante, quien está comprometido. Ya en algunos países, en Africa por ejemplo, los «sirios», como se llama allí frecuentemente a los libaneses, son reemplazados por otros comerciantes explotadores y regresan a su país. Por otra parte, las famosas «entregas» tienen tendencia a reducirse y la prosperidad de mucho pueblo, incluso el ritmo de las inversiones en la ciudad, corren peligro de seria disminución. Los libaneses de Egipto, que han jugado en este país un papel original, quizá exorbitante, han dejado el lugar a egipcios autóctonos.

El segundo dato es el carácter aleatorio que toma ahora el oficio de curtidor, tan brillantemente asegurado hasta ahora en el Líbano. Competencias y, por otra parte, modificaciones en las relaciones nacionales amenazan con repercutir a la vez sobre el volumen de los negocios y sobre la utilización misma del oficio de curtidor. Beirut ya no es la única puerta del Medio Oriente asiático; a pesar de las dificultades reales y por razones políticas que concuerdan con lo racional, la mejora del puerto de Lataquí amenaza con privar a Beirut de su interior sirio, así como la exportación de una parte de los fosfatos jordanos por el puerto de Akaba disminuye seriamente el tonelaje embarcado en Beirut; las estadísticas corren el peligro de acusar una baja sensible.

Mientras que, en otro plano, no es seguro que el Líbano pueda permanecer como el intermediario elegido entre el Mundo árabe y Occidente.

El mundo árabe ya no es lo que era hace medio siglo. Sus relaciones con

Occidente están muy influenciadas por su evolución cultural y técnica a la vez<sup>9</sup>. Ciertamente el aspecto dramático de la descolonización en los últimos países árabes dependientes, la crisis del nacionalismo autoritario y anexionista de Egipto y finalmente la actitud hacia Israel, han creado obstáculo enorme en el dominio de las relaciones directas y amistosas entre los países árabes y el Occidente. Pero esto puede evolucionar y de prisa. ¿En este momento no corre peligro el Líbano de llegar a ser un país árabe como tantos otros? ¿Se borrará su papel de intermediario, sus buenos oficios, intereses o no?

No se ha llegado aún a este punto de evolución económica y política. Podemos preguntarnos, no obstante, si todas estas consideraciones no convergen y si no obligarán próximamente a los libaneses a revisar la concepción... de su propio país. Santuario para los ausentes, despacho de negocios y domicilio social para muchos, ¿no estará el Líbano a punto de ser un Estado y, para los libaneses, una patria verdaderamente? Ya, por muchas cosas, y sobre todo por toda una generación de técnicos formados en los modernos métodos del desarrollo, y también por algunos políticos, la necesidad del desarrollo interior, de la igualdad de éste, de la multiplicación y del mejor reparto de los bienes de producción se abre camino sobre las preocupaciones puramente comerciales y especulativas; se reforma la irrigación, se desarrolla la producción agrícola sobre todo la de los frutos, e incluso se repueblan los montes, a despecho de un ejército de unas 500.000 cabras. Finalmente, los expertos trabajan en los trabajos preliminares para el establecimiento del Plan y excelentes especialistas calculan las incidencias sociales de éste<sup>10</sup>.

Tal revisión sería, en esta perspectiva, más bien un enriquecimiento y un seguro que una inversión, pues se ve mal que el pequeño Líbano se aísle. Pero, aunque el contexto histórico y geográfico sea otro, ¿cómo no observar a su vecino de las fronteras palestinas, Israel, también producido por la reconversión de un «santuario» (éste, por así decir, mítico) en una patria terrestre, cuidadosamente preparada, promovida a la prosperidad material, sin ser rotos por ello los lazos con el exterior? El Líbano tendría esta posi-

<sup>9</sup> Nos remitimos en este punto a los profundos análisis de J. Berque, *Les Arabes d'hier et de demain*. París, ed. du Seuil, 1960.

<sup>10</sup> En este contexto se sitúa la encuesta efectuada por la I. R. F. E. D. a petición del Gobierno libanés, que ha creado por su parte una interesantísima Oficina de Desarrollo económico y social.

bilidad si su desarrollo pudiera insertarse, sin hostilidad, en el seno del mundo árabe del cual es parte integrante.

Esto supondría que a esta tarea se asocien todas las comunidades y que sean igualmente beneficiarias (y es aquí donde la comparación con Israel deja de ser realista). Esto supondría también una revisión, no de derecho, sino de hecho y de la vida corriente, de las relaciones entre las comunidades o, aún mejor, entre los individuos integrantes de esas comunidades. Podemos preguntarnos si los obreros de esta lenta revisión se encuentran ya en la generación de jóvenes técnicos o administradores; ciertamente, la mayoría se han formado en establecimientos que en el Líbano están muy marcados por el espíritu de multiplicidad comunitaria, pero muchos también terminaron sus estudios en el extranjero y tienen sus ojos puestos en ejemplos de tipo nacional y moderno.

Los países que tradicionalmente han ejercido su influencia sobre el Líbano también deben, sin duda alguna, cambiar sus métodos; me refiero a la Gran Bretaña, todavía tan preocupada por la acción subterránea, caduca y nefasta, que tiende a suplantarse las influencias concurrentes; me refiero a los Estados Unidos, cuya influencia cultural es grande y antigua, gracias a la venerable Universidad americana, pero cuyos objetivos políticos parecen a veces groseras triquiñuelas; me refiero también a Francia, cuya política está viciada muy frecuentemente por una perspectiva demasiado exclusivamente maronita y que no se da bastante cuenta de lo que esta posición tiene la mayoría de las veces de demasiado estrecha.

Sin duda, unos y otros han de preocuparse más de establecer relaciones más sencillas, más directas con el Líbano que está a punto de libertarse de su cascarón levantino. Naturalmente, Egipto debería también revisar sus posiciones ante un Estado árabe, pero no exclusivamente musulmán que no parece decidido a dejarse absorber.

¿Quiere esto decir que el Líbano comienza a existir, cuando hasta ahora sólo existían libaneses un poco artificialmente reunidos al terminar la primera guerra mundial por la voluntad de las potencias occidentales? Quizá signifique esto, después de la crisis de 1958 que obligó a comprometer todo, la accesión a la presidencia del general Chehab, hombre de unión, personalidad desinteresada, y cuyo nombre, que es el de los emires unificadores de este país, podría llegar a ser un símbolo..., si las notas prospectivas que preceden tienen alguna relación con lo que pasará mañana. Es cierto que el Gran Líbano ha manifestado ya más solidaridad y, en total, más

cohesión de lo que supusieran sus fundadores. No sería el único ejemplo de un Estado, artificial en sus principios, que haya llegado a soldarse y a devenir realidad humana por la cohabitación prolongada de sus habitantes y por los lazos de interés contraídos.

Su vocación consistiría entonces en explicar, por su subsistencia y su fidelidad, las posibilidades de coexistencia entre musulmanes y cristianos sobre una misma tierra, «test» preparado a todo lo largo de una historia difícil, pero propuesto ahora en nuevos términos, en el mismo corazón de un Oriente profundamente removido y como despertado a nuevos horizontes.

P. MARTHELOT